

Reflexión sobre Gurumayi Chidvilasananda 2017

Reconocer a mi Guru

por Shárada Andreatta

Siempre me ha fascinado el funcionamiento interno del cuerpo. Durante mi curso de biología de la Universidad, recuerdo que me maravillaba cómo el aliento entra y sale del cuerpo, el corazón late a su propio ritmo y la digestión se lleva a cabo; todo esto sin una orden de la mente pensante. Esta fascinación me llevó a seguir una carrera de medicina. Quería saber más sobre las funciones misteriosas e invisibles que hay dentro del cuerpo humano. Pero para cuando se acercaba el final de mi primer año de medicina, el cuerpo se había convertido en un conjunto de partes que había que memorizar y analizar. Estaba desilusionada. Me di cuenta de que yo había estado esperando, en parte, encontrar algún espacio oculto dentro de la forma exterior: un espacio físico para el alma. Pero el corazón estaba lleno de sangre, el cerebro lleno de tejido y hasta los huesos estaban llenos de médula. Si el cuerpo es un templo, ¿dónde, entonces, está su deidad?

El día anterior a mi examen final de anatomía, iba yo caminando por un pasillo de la escuela cuando observé un cartel. Al acercarme vi que anunciaba que la Maestra de meditación Gurumayi Chidvilasananda daría una charla en una sala cercana a la noche siguiente. Me acerqué aún más y me quedé contemplando los ojos de Gurumayi... por un momento, mi respiración se detuvo y mi mente activa se aquietó. Me maravillaba la profundidad en apariencia infinita que yo veía más allá de sus ojos. Al disfrutar de un momento tan excepcional de quietud, quería quedarme allí toda la noche. Entonces el recordatorio, *¡Hora de estudiar!*, rompió mi ensoñación. Me instalé en mi cubículo de estudio y, mientras memorizaba los huesos y músculos del cuerpo humano hasta entrada la noche, volvía una y otra vez a la imagen de los ojos irresistibles de Gurumayi.

Al día siguiente, en el momento en que terminó el examen, corrí a mi primer *satsang* con Gurumayi. Llegué justo a tiempo para verla entrar y tomar con gracia su asiento al frente de la sala. Esos mismos ojos cautivadores que me habían acompañado la noche anterior, ahora brillaban radiantes justo frente a mí. A lo largo de la charla de Gurumayi, al observarla de cerca, yo

experimentaba instantes prolongados de una hermosa quietud mental — algo muy raro en mí—, y con esta quietud, un suave movimiento en mi corazón.

Al día siguiente llegué al centro local de meditación de Siddha Yoga, buscando la tranquilidad mental que había probado en la presencia de Gurumayi. Mientras recitaba la *Shri Guru Gita* por primera vez, el verso noventa y tres me llamó la atención; decía acerca del Guru: “Él es el médico para la enfermedad de la existencia mundana.” ¡En este antiguo verso vi mi propio diagnóstico! Aunque yo era saludable, me sentía crónicamente insatisfecha con las tareas ordinarias del mundo; cuestionaba el significado y el propósito de mi existencia. De inmediato mi mente se llenó de nuevas preguntas. ¿Qué médico posee la cura para mi descontento con la existencia mundana? ¿Será Gurumayi?

Casi un año después, viajé para estar con Gurumayi en una de sus Visitas de enseñanza en el medio oeste de Estados Unidos. Al terminar el *satsang* me arrodillé ante Gurumayi en *darshan* y le hice mi apremiante pregunta: — ¿Cómo sabes si has encontrado a tu Guru?

Mi intelecto estaba ya dispuesto para analizar los criterios que esperaba oír. En vez de eso, Gurumayi rió. Se volvió hacia un Swami sentado a su izquierda y dijo:

— Ella está preguntando cómo sabes que has encontrado a tu Guru.

Él rió con ella brevemente. Luego Gurumayi hizo una pausa, su expresión se tornó seria, se inclinó hacia mí y bajó la voz para contestar mi pregunta con otra pregunta:

— Cuando tienes sed y bebes agua, ¿Cómo sabes cuándo has bebido suficiente?

Mi cerebro quedó pasmado momentáneamente. Me fui de ese *satsang* desconcertada por la pregunta de Gurumayi.

Años después, al terminar mi preparación médica, pasé todo el tiempo que pude en presencia de Gurumayi. Siempre que era posible me dedicaba de lleno a las prácticas de Siddha Yoga. Con el tiempo, empecé a reconocer que

mi cuerpo se sentía mas revitalizado, ligero y energizado. Era como la sensación de salir de un cuarto saturado hacia el aire claro y fresco de la montaña. A veces notaba que la gente me sonreía y yo me preguntaba porqué, solo para darme cuenta de que era porque yo les estaba sonriendo a ellos sin saberlo. Y con frecuencia, cuando iba caminando sola, un impulso de risa brotaba de manera espontánea desde el centro de mi cuerpo, sin razón aparente. Estas expresiones externas surgían sin ninguna intervención por parte de mi mente o intelecto. Mi cuerpo parecía saber y expresar — mucho antes de que mi mente lo captara — que Gurumayi es el médico para mi existencia mundana. Ella ha despertado mi alegría interior.

Con el tiempo mi intelecto pudo discernir lo que mi cuerpo ya sabía. Me dí cuenta de que conocer a Gurumayi, recibir su gracia y realizar las prácticas de Siddha Yoga había transformado mi experiencia inmediata de la realidad. Mi descontento perpetuo con mi vida externa había disminuido. Se desarrolló una interioridad serena: tomé conciencia de mi propio ser dichoso dentro del templo de mi cuerpo. Descubrí quién soy en realidad.

La pregunta de Gurumayi me llevó a descubrir una verdad inamovible sobre el verdadero Guru. En el corazón de mi ser más interno hay un Conocedor. Mi Ser interior reconoció a Gurumayi y transmitió el conocimiento a mi intelecto y a mi cuerpo. En mi vida he tenido momentos de gran amor, he disfrutado revelaciones profundas y experimentado una felicidad trascendente; pero fue solo por la gracia de una *sadguru*, de Gurumayi, que desperté a la conciencia de mi Ser interior siempre presente, verdadero y gozoso.